

En defensa de la causa aliada. La militancia de Alberto Gerchunoff durante la Primera Guerra Mundial

MARÍA INÉS TATO
CONICET/UBA

Introducción

A menudo se ha destacado el compromiso activo del escritor y periodista Alberto Gerchunoff (1883-1950) con la causa de los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial, con la defensa del sionismo y con la difusión de las primeras noticias acerca de la Shoah. El primero se canalizó a través de la asociación antifascista Acción Argentina, de una organización cultural cercana al Partido Comunista –la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), de la que llegó a ser vicepresidente– y de la Comisión de Ayuda Periodística Antinazi.¹ El segundo, a través de su colaboración en la creación de la Sociedad Hebraica Argentina y en las actividades de la Agencia Judía Pro Palestina.² El último, especialmente en las tribunas periodísticas –complementos inseparables de su participación institucional antes mencionada–, como las páginas del tradicional matutino porteño *La Nación* u órganos antifascistas como *Antinazi* y *Argentina Libre*, pasando por diversas publicaciones de la comunidad judía, como *Davar*, *Judaica*, *Jalda*, *Vida Nuestra* y *Mundo Israelita*.³

La militancia de Gerchunoff en favor de los Aliados reconocía claros antecedentes en su postura frente a la Primera Guerra Mundial, que demuestran la notable continuidad de sus perspectivas sobre la cuestión internacional. Sin embargo, su papel durante la Gran Guerra resulta menos conocido, como en líneas generales acontece con el impacto que tuvo dicha contienda en la sociedad argentina. En efecto, a diferencia de la movilización de la sociedad operada durante la Segunda

mitato@conicet.gov.ar

Guerra Mundial, que ha dado lugar a una importante producción historiográfica, la Gran Guerra no ha originado aún un interés equiparable, a pesar de que generó un fuerte activismo por parte de los intelectuales y la sociedad civil.⁴ Este artículo se propone abordar las actividades desplegadas por el autor de *Los gauchos judíos* en favor de la causa aliada, en el marco de las polémicas suscitadas por la posición del gobierno argentino frente a esa primera conflagración mundial. Tras reseñar brevemente las peculiaridades de esa coyuntura política, nos adentraremos en el análisis de las intervenciones públicas de Gerchunoff y de los postulados ideológicos en los que estas se sustentaron.

De conflicto lejano a cuestión doméstica

El estallido de la Gran Guerra tuvo una amplia resonancia en la sociedad argentina, tanto por los vínculos económicos y demográficos que la unían con Europa como por los lazos culturales que hacían de los principales estados europeos los referentes por excelencia de las elites. Si se considera la cobertura dada por el grueso de la prensa como una suerte de termómetro de la opinión pública, se advierte que tendió a predominar un relativo distanciamiento respecto del conflicto europeo, coincidente con el sostenimiento de una política neutralista por parte de los dos gobiernos que estuvieron al frente del Estado durante la contienda —el del conservador Victorino de la Plaza y el del radical Hipólito Yrigoyen—, que no sólo respondía a la tradición diplomática local sino que también tomaba en consideración el carácter cosmopolita de la sociedad argentina y la necesidad de preservar las relaciones comerciales con todos los beligerantes.⁵

La intelectualidad argentina se posicionó tempranamente frente a la contienda, como lo evidencia la encuesta realizada a treinta y cinco figuras del campo intelectual por la revista *Nosotros* en los primeros meses de 1915. Esta publicación, fundada y dirigida por Alfredo Bianchi y Rodolfo Giusti, seleccionó personalidades de diversas actividades y tendencias políticas a las que consideró representativas del clima intelectual argentino de la época y les formuló dos preguntas acerca de la contienda, cuyas respuestas fueron publicadas a lo largo de ese año en cuatro números de la revista.⁶ A excepción del socialista Augusto Bunge, que condenó los móviles imperialistas que guiaban a ambos bandos, y del académico Clemente Ricci, que exaltó la civilización germánica, la mayoría de los encuestados expresó sus simpatías hacia los Aliados. Sin embargo, la expresión de estas afinidades culturales no implicó necesariamente el involucramiento activo de los intelectuales. La condición de aliadófilo o de germanófilo

resultaba por entonces plenamente compatible con la defensa de la neutralidad diplomática como conducta a adoptar por la Argentina en esas circunstancias.

Este amplio consenso neutralista sólo se alteró a partir de 1917, a raíz de la instrumentación de una nueva estrategia por parte del Imperio Alemán para impedir el abastecimiento de las naciones aliadas, la guerra submarina sin restricciones. A raíz de ella, en el mes de febrero los Estados Unidos decidieron romper relaciones diplomáticas con Alemania y, poco después, declararle la guerra. Con ello, el país del norte inició una escalada de presiones diplomáticas y sanciones económicas sobre Latinoamérica a fin de alinearla con su política exterior bajo la bandera del panamericanismo.⁷ La campaña se hizo particularmente intensa sobre aquellos estados que venían adoptando una política de neutralidad frente al conflicto, como el argentino. Sumada a las repercusiones que alcanzó el hundimiento de varios buques de bandera argentina por submarinos alemanes en el mes de abril, dio lugar al esbozo de una polarización de la sociedad entre los partidarios del mantenimiento del rumbo neutralista de la política exterior y los que propiciaban la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. En septiembre la cuestión pasó a ocupar el centro del debate político, tras la difusión por parte del gobierno norteamericano del contenido de telegramas cifrados enviados por el conde de Luxburg –ministro alemán en la Argentina– a su gobierno, recomendándole continuar utilizando la guerra submarina contra ésta y refiriéndose en términos agraviantes a Yrigoyen y a su ministro de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredón.⁸

Estos episodios provocaron una intensa polémica acerca de la situación del país en el concierto internacional y del rol del gobierno en la defensa de los intereses nacionales, polémica de la que los intelectuales fueron partícipes dinámicos. Más allá de sus diferencias ideológicas, compartían una creencia común en el compromiso ineludible que como tales les cabía en la intervención activa en los debates cívicos de su tiempo. En consecuencia, contribuyeron a guiar y orientar a la opinión, a articular un diagnóstico y una propuesta frente a la encrucijada que la situación internacional planteaba a la Argentina, y a traducirlos a un lenguaje capaz de contribuir a la movilización social con vistas a incidir sobre la acción del Estado. En 1917, a diferencia de la coyuntura predominante en tiempos de la encuesta de *Nosotros*, sus simpatías por uno u otro bando beligerante se trocaron en una polarización militante en pos del abandono de la neutralidad o de su mantenimiento, dando lugar a ásperos debates en la prensa y en las tribunas públicas. “Germanófilos” y “aliadófilos” se convirtieron en apelativos descalificatorios empleados mutuamente por rupturistas y neutralistas en sus disputas cotidianas en torno de la guerra, percibida como un acontecimiento que ponía en juego no sólo la posición internacional del país sino también la definición misma de la identidad nacional.⁹

Dado que la prensa constituía por entonces el eje de la vida intelectual, en la medida en que, a pesar de los avances en el proceso de profesionalización de la actividad literaria que estaba teniendo lugar en las primeras décadas del siglo,¹⁰ el periodismo y la literatura solían ser todavía actividades confluyentes, los diarios y las revistas se beneficiaron de la pluma diestra de escritores de primera línea y complementaron a las asociaciones en la difusión de los postulados y de las actividades de los neutralistas y de los rupturistas. En la prensa comenzó a crecer el espacio consagrado a la guerra y a sus ecos locales. Aunque es dable distinguir variados matices en el compromiso y en los tonos exhibidos por las diferentes publicaciones en su abordaje de la situación internacional y de sus repercusiones en la Argentina, puede afirmarse que *El Diario*, *La Nación*, *La Prensa*, *Crítica*, *Caras y Caretas*, *La Mañana*, *La Vanguardia*, *Plus Ultra*, *Nosotros*, *La Argentina*, *La Razón* y *Última Hora*, entre muchos otros, fueron defensores de la causa de la ruptura con los Imperios Centrales, en tanto *La Época*, *La Unión*, *la Revista de Derecho*, *Historia* y *Letras* y diversos órganos de las comunidades turca, alemana y española eran partidarios de la neutralidad.¹¹

Los intelectuales también constituyeron los principales pilares de las nuevas entidades que centralizaron la militancia social, manifestada en un dinámico asociacionismo, el enrolamiento de cientos de soldados voluntarios y en masivas movilizaciones. El espacio público de las principales ciudades argentinas se vio inundado de manifestantes que, en respuesta a la convocatoria de asociaciones civiles preexistentes al conflicto (partidos políticos, clubes barriales, bibliotecas populares, sociedades de ayuda mutua, centros de estudiantes, etc.) o de otras surgidas al calor de la coyuntura bélica, se movilizaban tras consignas nacionalistas centradas en las relaciones exteriores del país. No obstante, gradualmente esas asociaciones fueron confluyendo en otras de alcance nacional, de manera que los neutralistas se encolumnaron tras la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad o tras Pro Argentinidad (una organización cercana al oficialismo, más reducida que la Liga), en tanto los rupturistas se alinearon tras el Comité Nacional de la Juventud.

En este entramado social fuertemente politizado y movilizado habrían de desenvolverse las actividades de Alberto Gerchunoff en adhesión a la causa de los Aliados.

Gerchunoff ante la Gran Guerra

El desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial coincidió con el retorno de Gerchunoff de una prolongada estancia en Europa, durante la cual estuvo en estrecho contacto con el poeta nicaragüense Rubén Darío y con el escritor

Roberto J. Payró. Este último, en cambio, permaneció en Bélgica, donde fue testigo de la invasión alemana, de cuyos excesos dio cuenta en sus columnas del diario *La Nación*, que en septiembre de 1915 le valieron su confinamiento por parte del Estado alemán durante varios meses. Gerchunoff, amigo personal del autor de *Pago Chico*, a quien no dudó en definir como “Un Quijote argentino”¹² a raíz de esa gesta personal, emprendió entonces una campaña nacional en pos de su liberación.¹³

Sin embargo, a excepción de esta cruzada, la militancia de Gerchunoff con respecto a la Gran Guerra fue más bien tardía, coincidiendo en ese sentido con la ya apuntada actitud general de la opinión pública argentina. Este hecho fue reconocido por el propio Gerchunoff, para quien

Recién cuando los submarinos alemanes hundieron barcos inofensivamente industriados, pacíficos y pequeños, que llevaban en sus palos la bandera de la patria, recién cuando pudimos comprender que también éramos heridos y ultrajados, el sentimiento se sublevó y nos dimos cuenta de que la política alemana es una política universal de sojuzgamiento. Hemos comprendido tarde todo eso, pero por fin lo hemos comprendido.¹⁴

Como señalábamos antes, la crisis diplomática con Alemania que se desarrolló a partir de 1917 estimuló el replanteo de la lectura que del conflicto venía elaborando la sociedad argentina. Asimismo, despertó cuestionamientos a la gestión de las relaciones exteriores por la administración de Yrigoyen. Los principales críticos de la política exterior instrumentada por el gobierno argentino se enrolaron en torno del Comité Nacional de la Juventud, creado a fines de septiembre de 1917 y presidido por Mariano Villar Sáenz Peña. Alberto Gerchunoff fue un conspicuo integrante del Comité Ejecutivo de esta entidad, en la que convergió con intelectuales de fuste como Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas. Otros representantes del mundo de las letras también formaron parte de su comité ejecutivo, como Alfonso de Laferrère, Ricardo Güiraldes, Carlos Alberto Leumann, Pedro Miguel Obligado, Ramón Columba, Alfredo González Garaño, Ricardo Holmberg y Álvaro Melián Lafinur.¹⁵ El autor de *La jofaina maravillosa* se desempeñó en el elenco estable de oradores del Comité, recorriendo los distintos puntos de la geografía argentina en los que se celebraban manifestaciones públicas en pro de la ruptura de relaciones con las potencias centrales. Incluso asumió a menudo tareas operativas, tales como la organización de columnas de manifestantes –como ocurrió en ocasión del multitudinario acto que llevó adelante el Comité en la Plaza del Congreso el 26 de septiembre

de ese año—¹⁶ o la planificación del periódico que se proponía editar la entidad, denominado *La Ruptura*.¹⁷

Cabe destacar que existió una relativa continuidad entre el Comité Nacional de la Juventud y la agrupación Acción Argentina en la que actuaría Gerchunoff durante la Segunda Guerra Mundial, como lo evidencia el hecho de que otros integrantes del Comité militaron luego en esa organización antifascista. En efecto, además de nuestro autor, participaron en ambas Nerio Rojas, Alfredo González Garaño, Carlos Alberto Leumann, Alfredo Palacios y Mariano Villar Sáenz Peña.¹⁸ No obstante, es pertinente indicar que si bien la trayectoria del Comité durante la entreguerra tuvo puntos en común con el pensamiento de Gerchunoff—entre ellos, su antirradicalismo—, el antisemitismo que esa entidad exhibió durante los sucesos de la Semana Trágica la distanció claramente de él. Efectivamente, algunos grupos de jóvenes identificados con el Comité formaron parte de las “guardias blancas” que actuaron como fuerzas voluntarias en la represión de la agitación social que tuvo como escenario las calles de Buenos Aires en enero de 1919, las cuales atacaron especialmente los barrios judíos de la ciudad y habrían de confluir días después en la fundación de la Liga Patriótica Argentina.¹⁹

Además de poner su verba al servicio de los Aliados en las tribunas callejeras, el autor de *Los gauchos judíos* contribuyó con su pluma a esa causa a través de diversos órganos de prensa. Como evocaría Gerchunoff en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, en tiempos de la Primera

los periodistas y escritores que combatíamos en las filas aliadófilas (...) escribíamos y hablábamos en todas las hojas impresas que hallábamos a mano, y en todas las esquinas de la ciudad. Con excepción de uno que otro periódico germanófilo, mediocre u opaco, los órganos de publicidad de la metrópoli acogían espontáneamente nuestros ensayos y nuestros discursos.²⁰

Sus artículos referidos a la contienda fueron publicados entre 1917 y 1919, principalmente en la revista *La Nota* y en el diario *La Mañana*, registrándose asimismo algunas colaboraciones ocasionales en *Atlántida* y *Vida Nuestra*.²¹ *La Nota* era una revista semanal, fundada por el emir Emín Arslán—quien también ofició de director— el 14 de agosto de 1915, que alcanzó un tiraje de alrededor de 21.000 ejemplares. Por su parte, el periódico *La Mañana* fue fundado el 2 de enero de 1911 por el político y periodista conservador Francisco Uriburu, quien lo dirigió durante la mayor parte de su existencia; su tiraje rondaba en estos años entre los 15.000 y los 20.000 ejemplares diarios.²² Gerchunoff fue redactor estable del diario desde su creación y se desempeñó temporalmente como subdirector en 1911 y entre agosto de 1914 y 1918, cuando se desvinculó

de él. Por entonces, bajo el título de *El nuevo régimen*, publicó en forma de libro una selección de sus colaboraciones en este diario y en *La Nota*.²³

Civilización o barbarie

Las ideas centrales del discurso de Gerchunoff respecto de la Gran Guerra reproducen en líneas generales los principales tópicos del repertorio aliadófilo. En primer lugar, la conflagración mundial era interpretada desde la perspectiva de la tradición liberal en los términos de la dicotomía sarmientina entre civilización y barbarie. En palabras de nuestro autor, en la guerra “la civilización íntegra se juega contra los representantes de la barbarie gótica”.²⁴ En consecuencia, por un lado se ubicaban los Aliados, que aunaban los esfuerzos de

la Francia renovada de 1789, la Inglaterra de las instituciones representativas, la Italia de la tradición del Renacimiento, la Rusia, cuya máscara imperial y asiática ocultaba el dolor de un pueblo ansioso, los yanquis del manifiesto de Filadelfia. Del otro lado, por inversa homogeneidad, se concentraron los servidores de lo arcaico: la Alemania de los burgraves, de la disciplina feroz del Estado, de la religión del materialismo, afirmada en su dogma militar; la Turquía islamítica de las matanzas, fundada en el régimen del crimen; la Bulgaria, con su caricatura del zarismo; el Austria, espectro repulsivo del Santo Imperio.²⁵

La caracterización del Imperio Alemán en esos términos no era novedosa en Gerchunoff, quien en un artículo publicado en 1915 sintetizó sus impresiones negativas acerca de ese Estado a raíz de la situación de discriminación que padecían los judíos alemanes, calificándolo como “el único país antisemita que existe en la Europa civilizada (...) Es la barbarie metódica y disciplinada”.²⁶ Sin duda esa mirada estaba signada por su condición judía, que reaccionaba frente a los atropellos de su pueblo a manos de las autoridades de un Estado en el que convivían los progresos científicos con la rémora del antisemitismo, una contradicción que lo volvía más intolerable en comparación con el manifestado históricamente por el Imperio zarista,²⁷ artífice de pogromos que había sufrido en carne propia y que, como periodista, había denunciado ya en 1906 desde las páginas de *La Nación*.²⁸ Por otra parte, en el establecimiento de esa identificación de Alemania con la barbarie durante esta coyuntura también incidió el peso del liberalismo que constituía el eje de las convicciones políticas de Gerchunoff y, al mismo tiempo, de los argumentos del conjunto de los publicistas de la causa aliada.²⁹

El alineamiento con uno u otro bando en el marco de la conflagración se cimentaba en el planteo de la oposición entre espiritualidad y crudo materialismo, entre libertad y despotismo,³⁰ una visión dualista –compartida también por los neutralistas– que negaba al enemigo cualquier atisbo de ideales y de valores. El alcance universal de la guerra habría procedido de su índole moral:

Si hubiera sido realmente una guerra de naciones, sólo habría interesado a los beligerantes directos. No era sólo eso; era una guerra de dos concepciones antagónicas de la vida. Una tenía por base la obediencia y la organización feudal, que excluía el progreso constante de la justicia, y la otra hallaba su razón en los grandes ideales que se alejan cada vez más de las antiguas desigualdades y de los antiguos moldes sociales para acercarse rápidamente al establecimiento de la libertad y al predominio de las normas nuevas de la equidad humana. Por eso no ha habido neutrales en la guerra. El mundo se dividió en dos mitades, en germanófilos y en aliadófilos, o sea, los servidores de la barbarie resucitada en el militarismo y en la extinción del derecho y los defensores del derecho y de la libertad; el materialismo brutal de la política despótica y el idealismo generoso que nos conduce al triunfo gradual de la civilización justa.³¹

La incongruencia que representaba para esta argumentación la participación del Imperio Ruso en la coalición aliada quedó despejada a partir de la revolución de 1917, hito a partir del cual “[n]ingún despotismo anacrónico ensombrecía con su presencia el ideal de los países democráticos”.³² La opinión liberal aplaudió la revolución de febrero en tanto significó el derrocamiento de la autocracia zarista. En cambio, condenó la revolución bolchevique de octubre por cuanto debilitó militarmente a los Aliados, dio a luz drásticas modificaciones de la estructura económico-social e introdujo innovaciones radicales en cuanto a régimen político. Gerchunoff, en cambio, terminó realizando una evaluación positiva de la revolución de octubre, tras algunas vacilaciones iniciales. En efecto, el denominado maximalismo encerraba implicaciones contradictorias, que alentaban en nuestro autor una posición ambivalente. El régimen de octubre

parecería, prácticamente, la aplicación de las deducciones extremas del socialismo. Ha destruido la propiedad, ha repartido la tierra. Pero es al mismo tiempo la anulación categórica de la política socialista, toda vez que niega la virtud del sufragio y prescinde de la representación de las mayorías. Es una dictadura, es decir, la afirmación perentoria de

una oligarquía, contra las decisiones deliberativas de la multitud. (...) ¿Traerá el maximalismo la anhelada liberación del individuo? (...) Existe un nuevo aspecto de la esperanza colectiva, de la esperanza inmortal. Sin la revolución de 1789 no hubiera sido posible borrar de la tierra el feudalismo germánico; sin el socialismo admirable de 1848, no se hubiera concretado la idea de la equidad social. Esperemos, pues, y confiemos en la misión que nos trae cada hora.³³

Sus prevenciones preliminares pronto cedieron su paso a la interpretación de la revolución como un jalón que inauguraba una nueva era, al punto de considerar que

la caída del zarismo en Rusia vale la guerra y vale la trágica siega de tantas vidas en flor. La liberación de Rusia importa para el mundo la apertura de una época que obligará a la sociedad a modificar su estructura y redimir al hombre de los prejuicios remotos que lo agobian y de las tiranías e injusticias que rebajan su dignidad.³⁴

Planteado en esos términos dicotómicos el dilema de la guerra, agravado por el incidente diplomático entre la Argentina y Alemania, resultaba imposible pretender sustraerse a una toma categórica de posición:

Aquella nuestra admiración antigua por Francia o nuestra amistad con Inglaterra se truecan ahora en un deber de dignidad esencial. Ya no somos neutrales que juzgan, lejanos y aislados, la tragedia provocada por el militarismo y el mercantilismo de una raza de militares y de mercaderes. Somos hoy un país atacado y ofendido.³⁵

En la adhesión a los Aliados se aunaban entonces el impulso de una “perentoria satisfacción del decoro herido” y una orientación moral favorable a los valores de la civilización que aquéllos encarnaban.³⁶ Esta orientación era filiada con la tradición independentista y liberal argentina, señalando que

antes de conocer los límites y el carácter de nuestra propia nación el ejército argentino se desparramó sobre la América envuelta en misterio, para libertar naciones.³⁷

aquella generación maravillosa que nutrió su espíritu en la escuela de los enciclopedistas franceses (...) ha trazado para las generaciones venideras el rumbo y señalado el deber de trabajar

por la justicia y la libertad, siempre que ellas peligren en cualquier parte del mundo.³⁸

El apartamiento de esta tradición encerraba el aislamiento internacional de la Argentina y la consecuente pérdida de su hegemonía continental, que, de acuerdo con esta generación de intelectuales, constituía su destino manifiesto:

Es de lamentar que no seamos nosotros los que hablemos a los países de Europa en nombre de toda la América del Sud, que desde los orígenes históricos de la independencia, ha visto en la Argentina una nación monitora y defensora de la libertad. Es la Argentina la que debió representar al continente sur en la guerra; es a la Argentina, que ha adoptado los principios de la revolución francesa cuando naufragaban en Francia, la que ha sabido libertar pueblos hermanos, a quien corresponde hablar en nombre de esta gran fraternidad de América.³⁹

Cabe puntualizar que esta misma convicción acerca del liderazgo argentino en Latinoamérica era compartida por el presidente Yrigoyen, quien fomentó la iniciativa –finalmente frustrada– de realizar un congreso de países neutrales del continente con vistas a fijar una estrategia diplomática común frente a la guerra, independiente del panamericanismo norteamericano.⁴⁰ En ese sentido, el consenso en torno del destino manifiesto argentino se quebraba al postularse caminos diametralmente opuestos para su consecución: en tanto el oficialismo apuntaba a lograrlo por medio de una postura diplomática emancipada de las presiones de Washington, los aliadófilos creían que la ruptura de relaciones con Alemania, en sintonía con la propuesta norteamericana, constituía la forma adecuada para preservarlo.

A los ojos de Gerchunoff, el neutralismo equivalía al “antifaz” de una profesión de fe germanófila, resultado del carácter vergonzante de tal actitud antipatriótica.⁴¹ Con su característico humor ácido, acuñó el término “neutrófilo” para sintetizar precisamente esa postulada identidad entre las condiciones de neutralista y de germanófilo.⁴² Desde su perspectiva, que se condice con la orientación general de la opinión pública argentina, los germanófilos eran un grupo minoritario (“cualquier comisión para un corso de la calle Pedro Mendoza agrupa más ciudadanos en torno suyo”⁴³), aunque sumamente activo, auspiciado por la Embajada alemana.⁴⁴ Entre sus integrantes, Gerchunoff reconocía a los miembros de ciertas profesiones (derecho, filosofía, medicina, ejército) que, por su formación, exhibían una clara influencia cultural germana, contrastante con la francofilia habitual en la elite.⁴⁵ Entre ellos, sindicaba a “algunos densos

profesores, culturizados en Berlín, y algunos militares que admiran en el desbordamiento teutónico la exaltación de su oficio”;⁴⁶ y a “médicos, contagiados por la moda de la ciencia alemana (...) en virtud de su admiración profesional por la droguería teutónica y por la abundancia de los artículos ortopédicos de aquella fabricación.”⁴⁷

Gerchunoff también imponía el anatema de germanófilo a quienes aspiraban a cultivar relaciones económicas fluidas con Alemania, con vistas a conservar y expandir sus negocios, quienes concebían a la Argentina como “una factoría (...) un simple productor de riqueza (...) Desear la neutralidad cuando nadie es neutral importa soñar para la República un destino exclusivo de mercaderes”,⁴⁸ lo que comportaba “la moral de los buhoneros, la religión de los traficantes”,⁴⁹ una concepción de la contienda como “simple lucha de prevalencias económicas”, cuando en realidad “se combate por el honor y no por la conquista de los mercados”.⁵⁰

Así como las filas neutralistas albergaban a quienes priorizaban las facetas económicas de la cuestión internacional, también congregaban a los católicos y a los socialistas internacionales.⁵¹ Estas confluencias daban cuenta de la marcada heterogeneidad del campo neutralista y de la pluralidad de motivaciones que operaban para sostener el neutralismo, que eran opacadas por la etiqueta común de germanófilos que se les endilgaba a sus partidarios: interés en preservar las relaciones comerciales del país con los dos bandos contendientes, auténtica germanofilia, búsqueda de una alternativa al panamericanismo, pacifismo cristiano, internacionalismo clasista... En efecto, entre los propiciadores de la neutralidad pueden citarse personalidades tan diversas como José M. Penna, Ernesto Quesada, Gregorio Aráoz Alfaro, Alfredo Colmo, Juan P. Ramos, Calixto Oyuela, Dardo Corvalán Mendilaharsu, Belisario Roldán, José Néstor Lencinas, Coriolano Alberini, los hermanos Carlos Octavio, Augusto y Alejandro Bunge, Indalecio Gómez y Estanislao Zeballos.

Más allá de las convergencias apuntadas con los postulados de otros intelectuales aliadófilos, desde Ricardo Rojas hasta Leopoldo Lugones, se reconoce en Gerchunoff una singularidad que lo distingue del conjunto: su visceral anti-yrigoyenismo, que llevó a que se le atribuyera a *El nuevo régimen* un “carácter panfletario”.⁵² Su mirada del gobierno radical estuvo determinada por su adhesión a la tradición liberal, expresada con anterioridad en su celebrado *Los gauchos judíos* —obra que exaltaba el proyecto de país de la generación de 1880, que había facilitado su doble identidad de judío y argentino—,⁵³ y asimismo en su militancia en el Partido Demócrata Progresista desde su fundación en 1915. Para los liberales reformistas argentinos que —como él— habían confiado en las virtudes regeneradoras de la democracia de sufragio universal, el radicalismo yrigoyenista constituía una anomalía, una desviación demagógica que ponía en

riesgo los progresos alcanzados en todas las áreas en el transcurso de las décadas precedentes.⁵⁴ *El nuevo régimen* ofrecía un severo diagnóstico de la experiencia yrigoyenista, destacándose las críticas a la política exterior desarrollada durante la Gran Guerra.

A juicio de su autor, en esa área sensible de los asuntos del Estado Yrigoyen curiosamente había abandonado uno de los rasgos definitorios de su manejo de la política: el electoralismo. Gerchunoff atribuía la mayor parte de las decisiones del caudillo radical al rédito que las mismas podrían reportarle en las urnas.⁵⁵ Sin embargo, en materia de relaciones internacionales el presidente tomaba clara distancia de las inclinaciones de la opinión pública:

Lejos de guiarse sufragáneamente, como cuadra a su fe política, por el índice del mayor número, se aísla y se ensimisma para perseverar en un error que comporta para la república la deshonra y el desastre (...) Asambleas enormes solicitan la ruptura; el congreso opina de manera idéntica; la prensa exterioriza un juicio análogo. A pesar de eso, el señor Irigoyen sostiene lo opuesto. Entonces, no es ya la razón de plebiscito la que le preocupa, sino sus ideas individuales.⁵⁶

Al analizar las motivaciones individuales que condicionaban la gestión de la política exterior del gobierno, Gerchunoff vislumbraba dos factores. Por un lado, una reacción a la inclinación aliadófila de sus opositores, “las clases ilustradas”.⁵⁷ Por otro lado, su germanofilia práctica, anclada en las similitudes que guardaría su estilo político con el que ejercía el Káiser. En su opinión, Yrigoyen “ve en lo alemán el triunfo del despotismo y de la fuerza que es, en el fondo, el concepto larvado de su política personal, o sea la inmoralidad del sistema despótico”.⁵⁸ “Su ideal de la sociedad es el caudillaje del ‘unicato’, que es en las democracias analfabetas lo que el método prusiano en las organizaciones despóticas. Se basa en el dominio exclusivo, cuya íntima substancia es la fuerza y la docilidad.”⁵⁹

Esta observación anticipaba el paralelismo entre el gobierno argentino y los autoritarismos europeos que durante la Segunda Guerra Mundial sería moneda corriente en el discurso antifascista, pero que resultaba bastante inusitado durante la Primera.⁶⁰

Al ignorar la voluntad popular, expresada en las calles y en la prensa, la actitud de Yrigoyen frente a la contienda exponía el divorcio entre la sociedad y el gobierno:

siendo el representante de una democracia no tiene derecho de contrariar las expresiones más claras de la inspiración democrática. (...) Cree en la democracia cuando le elige presidente y la contradice

cuando le impone una norma. (...) Al sobreponerse el señor Irigoyen de este modo antidemocrático al consenso clamoroso de la república, llega al despotismo.⁶¹

Hemos sido un país beligerante que no ha encontrado en la política del gobierno la expresión de su estado de espíritu y la exteriorización de su conciencia. Y si se nos cuenta entre los pueblos civilizados, es debido a esta acción moral desenvuelta por la gente más representativa de la república, que ha movido a la opinión en grandes y memorables actos colectivos que demuestran de por sí la verdadera orientación de los argentinos.⁶²

De ello Gerchunoff extraía dos corolarios. En primer lugar, los verdaderos representantes de la nación eran el Congreso, cuyas Cámaras se habían pronunciado a favor de la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania; el Comité Nacional de la Juventud; y los intelectuales, que en su conjunto encarnaban la causa aliadófila.⁶³ En segundo lugar, para subsanar esa “política de traición”⁶⁴ que llevaba adelante el Ejecutivo al no interpretar los anhelos populares, era imprescindible la dimisión del presidente.⁶⁵ Estas afirmaciones radicalizadas acerca de la cuestión bélica diferenciaron a Gerchunoff del resto del campo aliadófilo, que condenaba el rumbo de las relaciones exteriores del gobierno en un tono más moderado, cargando las tintas sobre los Imperios Centrales antes que sobre el frente interno.

A modo de conclusión

Durante la Gran Guerra, la Argentina asistió a una notable movilización de la opinión pública, altamente polarizada en torno del conflicto. La sociedad, que desde 1912 venía ejerciendo la ciudadanía política por el canal del sufragio, recurrió también en esta coyuntura a medios informales de expresión como las manifestaciones callejeras para dar curso a la participación democrática en las decisiones del gobierno. Esa “cultura de la movilización” —que la sociedad había conocido y utilizado con anterioridad—⁶⁶ halló un eco apropiado en una prensa periódica masiva, surgida de la ampliación del público lector como consecuencia de las campañas de alfabetización universal impulsadas por el Estado desde la década de 1880 y alimentada por la pluma de escritores de primer nivel, involucrados activamente en los problemas de su tiempo.

El caso que aquí nos ocupa ilustra la misión que se autoasignaron los intelectuales ante esta trágica situación histórica, haciendo uso tanto de la prensa como del asociacionismo para extender las fronteras sociales de su apelación

nacionalista. En efecto, tanto los neutralistas como los rupturistas actuaron sobre la base de una concepción tácita de la nación, que en ambos casos se consideraba patrimonio exclusivo de su sector. Para los neutralistas, el nacionalismo radicaba en el mantenimiento de la equidistancia y de la autonomía con respecto a los bandos en pugna. Esto acarreó, en algunos casos, un fuerte antiimperialismo como reacción al panamericanismo norteamericano y el rescate de la tradición hispánica, y en otros una marcada germanofilia.⁶⁷ No es posible profundizar aquí la imagen subyacente de la nación que sostenían los neutralistas, dada la complejidad interna de este grupo y, como se ha señalado, las variadas motivaciones que lo impulsaron. Para los aliadófilos, en cambio, aquélla era concebida en los términos de la tradición liberal afirmada en la década de 1880: una nación cosmopolita, producto del celebrado “crisol de razas”, abierta a la concurrencia de aportes culturales diversos y compatible con valores universales que encontraban como principales referentes a las potencias aliadas.

Gerchunoff ejemplificó el repertorio característico de este último sector de la opinión en su mirada de la Gran Guerra, a través de claves de lectura tales como la oposición entre civilización y barbarie; la exaltación de la justicia y la libertad; la invocación de la tradición liberal argentina, filiada con la revolución de independencia; el destino manifiesto que dicha empresa le habría asignado al país en el concierto latinoamericano; el ultraje alemán al orgullo nacional, tópicos interpretados desde el prisma de su condición judía, atenta a las efusiones antisemitas alemanas. Asimismo, el autor de *Los gauchos judíos* sazonó ese repertorio con ingredientes propios de los cimbronazos internos del liberalismo en el marco de la ampliación de las bases políticas del Estado que la Argentina venía experimentando desde la sanción de la ley Sáenz Peña, un liberalismo que se autopercibía como amenazado por la flamante tradición democrática que había hallado en Yrigoyen su expresión más acabada. La persistencia del presidente radical en el sostenimiento de una política exterior neutralista, indiferente a las incitaciones que le llegaban desde el campo aliadófilo, reforzó el rechazo que el radicalismo generaba en Gerchunoff y dio nuevos bríos a su militancia. La apropiación excluyente de la argentinidad por los aliadófilos dejaba fuera de la nación a sus rivales, colocados en la posición de traidores a sus deberes para con la nacionalidad. Aunque esta afirmación era frecuente en el discurso de los partidarios de los Aliados, Gerchunoff dio un paso más allá al ubicar al mismísimo Yrigoyen en la cima del círculo germanófilo, al asimilar su política con el autoritarismo imperial germano y al exigir abiertamente su desplazamiento de la presidencia.

El liberalismo y la identidad judeo-argentina de Gerchunoff constituyen los hilos conductores de su trayectoria militante. Así como en el Centenario valorizó y enalteció en el emblemático *Los gauchos judíos* el proyecto de nación liberal

argentino, que había posibilitado la integración de los inmigrantes a su tierra de adopción, en las dos guerras mundiales se batió en defensa de un liberalismo jaqueado por los avances de los autoritarismos, que –en diferente grado según la coyuntura– ponían en peligro a escala mundial la vigencia de las libertades fundamentales y especialmente las de las minorías. En esas convicciones se encuentra la esencia de su militancia constante y consecuente a lo largo de las décadas.

NOTAS

- 1 Acerca de las dos primeras instituciones, véanse Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005; James Cane, “Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the cultural politics of Argentine antifascism, 1935-1943”, *The Hispanic American Historical Review* 77, 3, agosto de 1997; Ricardo Pasolini, “La Internacional del espíritu. La cultura antifascista y las redes de solidaridad intelectual en la Argentina de los años ‘30”, en Marcela García Sebastiani (coord.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Madrid/Frankfurt, Ed. Iberoamericana-Vervuert, 2006; Andrés Bisso - Adrián Celentano, “La lucha antifascista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) (1935-1943)”, en Hugo Biagini - Andrés Roig (dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Biblos, 2006, tomo II.
- 2 Leonardo Senkman, *La identidad judía en la literatura argentina*, Buenos Aires, Pades, 1983, pp. 225-246.
- 3 Sobre las intervenciones periodísticas de Gerchunoff, véase Sara Jaroslavsky de Lowy, “Alberto Gerchunoff: vida y obra”, *Revista Hispánica Moderna* XXIII, 3-4, julio-octubre 1957, p. 253. Acerca de su posición frente a la Shoah, véanse Edna Aizenberg, “Gerchunoff y la representación gráfica de la Shoa”, *Hispanérica. Revista de Literatura* 114, 2009; y “Should We Bury the Jewish Gaucho? A New Gerchunoff for the Twenty-First Century”, en Amalia Ran - Jean Axelrad Cahan, *Returning to Babel: Jewish Latin American Experiences, Representations, and Identity*, Leiden, Brill, 2011; Andrés Bisso, “Dos textos de Gerchunoff sobre el conocimiento de la Shoá”, *Nuestra memoria* 32, septiembre de 2009.
- 4 Algunas excepciones las constituyen Olivier Compagnon, “1914-18: The Death Throes of Civilization. The Elites of Latin-America Face the Great War”, en Jenny Macleod - Pierre Purseigle (eds.), *Uncovered fields. Perspectives in First World War Studies*, Leiden, Brill Academic Publishers, 2004; María Inés Tato, “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, en Silvia C. Mallo - Beatriz I. Moreyra (coords.), *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI*, Córdoba-La Plata, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” / Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC) - Universidad Nacional de La Plata, 2008; ídem, “La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno de la Primera Guerra Mundial”, en María Inés Tato - Martín Castro (comps.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010; y Hernán Otero, *La guerra en la sangre*.

- Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- 5 Como señala, Olivier Compagnon, desde fines de 1914 la prensa argentina dio una importante cobertura a los acontecimientos bélicos, todavía concebidos como parte de una guerra exclusivamente europea. Las preocupaciones de la opinión pública se hallaban especialmente orientadas a los efectos del conflicto sobre la economía argentina. Esta guerra percibida como lejana –a excepción de las comunidades de inmigrantes, los sectores más movilizadas por la coyuntura– adquirió una mayor proximidad a partir de 1917 y desembocó en un interés creciente del grueso de la opinión y en el abandono del consenso neutralista (Olivier Compagnon, “‘Si loin, si proche...’ La Première Guerre mondiale dans la presse argentine et brésilienne”, en Jean Lamarre et Magali Deleuze, *L’envers de la médaille. Guerres, témoignages et représentations*, Québec, Presses Universitaires de Laval, 2007; idem, “Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l’Amérique latine entre 1914 et 1918”, *Relations Internationales* 137, 2009). El vespertino *Crítica* parece haber constituido una excepción al comportamiento general de la prensa periódica, al embanderarse activamente con los Aliados desde los inicios del conflicto (Sylvia Saítta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década del '20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 41-42).
 - 6 Las preguntas fueron “¿Qué consecuencias entrevé usted para la Humanidad, como resultado de esta guerra?” y “¿Qué influencia tendrán los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de los países americanos y especialmente de la República Argentina?”. Los entrevistados fueron Augusto Bunge, Luis R. Gondra, Guido Anatolio Carrey, Julio Molina y Vedia, Ernesto Mario Barreda, Clemente Onelli, Juan Torrendell, Juan Más y Pi, Gregorio Uriarte, Clemente Ricci, Enrique Herrero Ducloux, Alberto Tena, R. Monner Sans, Emilio Becher, Alfredo López Prieto, José H. Rosendi, Vicente D. Sierra, Alfredo Colmo, Víctor Mercante, Horacio Rivarola, M. Kantor, Miguel Ángel Rizzi, Alberto Mendioroz, Víctor M. Delfino, José León Suárez, Mariano Antonio Barrenechea, Osvaldo Saavedra, José Martínez Jerez, José Gabriel, Arturo Marasso, Raúl Orgaz, Alejandro Gancedo, José Muzzilli, Salvador Debenedetti y Enrique M. Rúas (Clara Alicia Jalif de Bertranou, “Diez años de la cultura argentina del Centenario a través de la revista *Nosotros*: opiniones sobre la Primera Guerra”, *Cuadernos Americanos* 120, 2007, p. 92).
 - 7 Lester D. Langley, *America and the Americas: the United States in the Western Hemisphere*, Athens, The University of Georgia Press, 1989, pp. 111-119; Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial: neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos, 1994, pp. 118-120.
 - 8 Acerca de los conflictos producidos por el hundimiento de naves de bandera argentina, véase Juan Archibaldo Lanús, *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1939*, Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 72-83.
 - 9 María Inés Tato, “La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial”, *Temas de Historia Argentina y Americana* 13, 2008.
 - 10 Sobre este proceso, véanse Jorge Rivera, “La forja del escritor profesional (1910-1930). Los escritores y los nuevos medios masivos”, en *Historia de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980-1986, volumen III; y David Viñas, *Literatura argentina y política II. De Lugones a Walsh*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
 - 11 Raimundo Siepe, *Yrigoyen, la Primera Guerra Mundial y las relaciones económicas*, Buenos Aires, CEAL, 1992, pp. 63-64; Weinmann, *op. cit.*, p. 65.

- 12 En Alberto Gerchunoff, *Retorno a don Quijote*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, pp. 43-53.
- 13 Manuel Kantor, “Obra y anecdotario de Alberto Gerchunoff”, en Alberto Gerchunoff, *El hombre importante*, Buenos Aires, Hachette, 1960, p. 157. No hemos encontrado otras referencias a esta campaña en las biografías de Gerchunoff y de Payró que hemos consultado. A juzgar por el exhaustivo relevamiento de sus publicaciones realizado por Gover de Nasatsky –que contó con la colaboración de Manuel Kantor, yerno de Gerchunoff, para identificar algunos trabajos sin firma de su autoría–, la misma no se habría plasmado en publicaciones (Miryam Esther Gover de Nasatsky, *Bibliografía de Alberto Gerchunoff*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes – Sociedad Hebraica Argentina, 1976). Probablemente se trató de gestiones informales en los círculos frecuentados por el autor.
- 14 Alberto Gerchunoff, *Conferencia de Dn. Alberto Gerchunoff en el Charmant-Cinema de Santa Fe en la velada pro-huérfanos belgas del 9 de junio de 1918*, Santa Fe, Imprenta de J. F. Ribles, 1918, p. 8.
- 15 La nómina de autoridades del Comité Nacional de la Juventud se encuentra reproducida en “La juventud y el presidente de la nación”, *La Mañana*, 2 de octubre de 1917.
- 16 “Asuntos internacionales”, *La Prensa*, 26 de septiembre de 1917.
- 17 “Asuntos internacionales”, *La Prensa*, 11 de octubre de 1917. No hemos podido localizar esta publicación en las diversas hemerotecas relevadas; es posible que se haya tratado de un proyecto no concretado del Comité, que, como vimos, tenía a su disposición al grueso de la prensa periódica argentina, volviendo innecesaria la fundación de un órgano periodístico propio.
- 18 Acerca de la continuidad entre ambas instituciones, véase Rodolfo Fitte – Eduardo F. Sánchez Zinny, *Génesis de un sentimiento democrático*, Buenos Aires, Imprenta López, 1944, pp. 168-187.
- 19 Sandra McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Argentine Patriotic League*, Nebraska, University of Nebraska Press, 1986, p. 75; Luis María Caterina, *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década de 1920*, Buenos Aires, Corregidor, 1995, p. 27.
- 20 “La guerra del 14 impuso un salto al periodismo argentino. Habla el Sr. Alberto Gerchunoff”, *Aquí Está* 690, 28 de diciembre de 1942.
- 21 Hemos seguido en este punto a Gover, *op. cit.* De todos modos, es altamente factible que haya sido autor de otros trabajos, publicados en esos y en otros medios en forma anónima, que no han podido ser identificados.
- 22 Sobre *La Nota*, véase Verónica Delgado, “Introducción” a *Revista La Nota (Antología 1915-1917)*, La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 2010. Acerca de *La Mañana*, véase María Inés Tato, *Viento de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004.
- 23 Una relación incompleta de la actuación de Gerchunoff en diversos medios periodísticos la proporciona la Foja de Servicios confeccionada por él mismo y obrante en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Archivo Alberto Gerchunoff, cajas 9, 10 y 11, documentos 124 y 125.
- 24 Alberto Gerchunoff, “La diplomacia del Sr. Irigoyen”, en *El nuevo régimen*, Buenos Aires, Otero y García, 1918, p. 81.
- 25 Alberto Gerchunoff, “La promesa del mayor bien”, *Vida Nuestra* 10, abril de 1919, p. 217.

- 26 Alberto Gerchunoff, "Los judíos en Alemania", *Juventud, Órgano del Centro Juventud Israelita* 45, julio de 1915.
- 27 "(...) no me exaspera la cruel situación de los judíos rusos, pues Rusia sigue siendo el inmenso imperio asiático de antes, contaminado apenas de ideas de libertad en forma de nociones elementales. Sólo el caso de Alemania es indignante. Alemania monopoliza, a juzgar por sus espantables universidades y por sus implacables profesores, la civilización entera y ejerce la dirección de las ciencias, del progreso social y político. ¿Cómo se explica allí el fenómeno oculto y sensible a la vez del antisemitismo?" ("Los judíos en Alemania", art. cit.).
- 28 "Los judíos", *La Nación*, 02/5/1906. Artículo publicado bajo el seudónimo Gerch.
- 29 Acerca de los vínculos de Gerchunoff con el liberalismo, véanse Fernando Degiovanni, "Alberto Gerchunoff y la tradición liberal argentina", *Cuadernos Hispanoamericanos* 604, 2000; y María Inés Tato, "Los ángeles redentores": el radicalismo bajo la lente crítica de Alberto Gerchunoff", *Hispanérica. Revista de Literatura* 103, 2006.
- 30 Alberto Gerchunoff, "El triunfo de la justicia", *La Nota* 136, 16 de marzo de 1918.
- 31 Alberto Gerchunoff, "La victoria de la civilización", en AAVV, *El Álbum de la Victoria*, Buenos Aires, E. Danon, 1920, sin paginación.
- 32 Gerchunoff, "La promesa del mayor bien", art. cit., pp. 217-218.
- 33 Alberto Gerchunoff, "La nueva inquietud", *Vida Nuestra* 6, diciembre de 1918, pp. 121 y 123.
- 34 Gerchunoff, "La victoria de la civilización", art. cit.
- 35 Alberto Gerchunoff, "La actitud argentina", *La Mañana*, 23 de abril de 1917.
- 36 Alberto Gerchunoff, "La moral del Sr. Irigoyen", *El nuevo régimen*, pp. 53-54.
- 37 Gerchunoff, "La actitud argentina", art. cit.
- 38 Gerchunoff, *Conferencia*, p. 7.
- 39 *Ibidem*, pp. 8-9.
- 40 Acerca de los avatares de esta iniciativa, Weinmann, *op. cit.*, pp. 109, 117; Lanús, *op. cit.*, pp. 87-89.
- 41 Gerchunoff, "La diplomacia del Sr. Irigoyen", art. cit., p. 78.
- 42 Alberto Gerchunoff, "Los neutrófilos", *La Nota* 120, 24 de noviembre de 1917.
- 43 *Ibidem*, p. 76.
- 44 Acerca de las actividades de propaganda financiadas por el gobierno germano y por la comunidad alemana residente en la Argentina, véase Ronald C. Newton, *German Buenos Aires, 1900-1933. Social Change and Cultural Crisis*, Austin & London, University of Texas Press, 1977, cap. 2.
- 45 Sobre el extendido predominio del modelo cultural francés, véase Denis Rolland, *La crise du modèle français. Marianne et l'Amérique latine. Culture, politique et identité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2000.
- 46 Gerchunoff, "La actitud argentina".
- 47 Gerchunoff, "La diplomacia del Sr. Irigoyen", pp. 76-77.
- 48 *Ibidem*, pp. 82-83.
- 49 *Ibidem*, p. 115.
- 50 *Ibidem*, pp. 79-80.
- 51 *Ibidem*, pp. 75-76.
- 52 Kantor, *op. cit.*, p. 139.
- 53 Ricardo Feierstein, *Alberto Gerchunoff: judío y argentino*, Buenos Aires, Milá, 1992; Eliahu Toker, "Introducción", en *Alberto Gerchunoff, entre gauchos y judíos*, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación - Biblos, 1994; Edna Aizenberg, *Books and*

- Bombs in Buenos Aires: Borges, Gerchunoff, and Argentine-Jewish Writing*, University Press of New England, 2002; Mónica Szurmuk, “Diversidad, multiculturalismo y diferencia en la Argentina del Centenario: Los gauchos judíos de Alberto Gerchunoff”, en Mabel Moraña (coord.), *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en América Latina*, Madrid, Iberoamericana, 2005; James A. Hussar, “Los gauchos judíos de Alberto Gerchunoff en su centenario”, *Hispanófila* 163, septiembre de 2011.
- 54 Tato, “‘Los ángeles redentores’”. Para otras miradas del radicalismo desde el campo intelectual, véase Graciela Montaldo (dir.), *Yrigoyen entre Borges y Arlt, 1916-1930*, Buenos Aires, Contrapunto, 1989.
- 55 Para una síntesis de este argumento, cfr. Alberto Gerchunoff, “La lógica plebiscitaria”, *La Nota* 137, 23 de marzo de 1918.
- 56 Gerchunoff, “La diplomacia del Sr. Irigoyen”, p. 93.
- 57 Gerchunoff, “La moral del Sr. Irigoyen”, p. 56.
- 58 *Ibidem*, p. 55.
- 59 Alberto Gerchunoff, “La neutralidad traidora”, *La Nota* 167, 18 de octubre de 1918, p. 3591.
- 60 Este paralelismo era habitual en el diario *La Mañana*, en el que por entonces se desempeñaba Gerchunoff. Aunque la enorme mayoría de los sueltos eran anónimos, es posible que la autoría de muchos de ellos en los que se reiteraba esa identificación perteneciera al autor de *La jofaina maravillosa*. A título ilustrativo: “El viejo mundo nos amenaza con el despotismo teutónico. (...) también nos amenaza aquí, en la heredad solariega, otro despotismo de consecuencias más graves y de efectos más inmediatos: el despotismo de las multitudes constituidas en comités políticos de salud pública, decididas a ahogar en sangre la libertad. (...) El primero lo ejerce el káiser; el segundo, el presidente argentino. Por una fatalidad de la suerte, la república se encuentra, así, abocada a una doble contingencia igualmente grave e intolerable: la dictadura exterior y violenta de Guillermo de Alemania que pretende arrollar la democracia del mundo, y la dictadura interna y mansa de Hipólito Irigoyen en trance de avasallar la democracia argentina.” (“Patria y política”, *La Mañana*, 26 de abril de 1917).
- 61 Gerchunoff, “La moral del Sr. Irigoyen”, pp. 54-55.
- 62 Gerchunoff, “La victoria de la civilización”.
- 63 Gerchunoff, “La neutralidad traidora”, p. 3591.
- 64 *Ibidem*.
- 65 Gerchunoff, “La moral del Sr. Irigoyen”, p. 54. La exigencia de la renuncia presidencial también aparece en *La Mañana*, si bien por entonces Gerchunoff ya se habría desvinculado del diario (“La renuncia del presidente”, *La Mañana*, 18 de noviembre de 1918).
- 66 Tomamos la expresión de Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- 67 Acerca de los antecedentes del antiimperialismo en Latinoamérica, véase Patricia Funes, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, pp. 206-229. Sobre el hispanismo, véase José Luis Bendicho Beired, “Hispanismo: um ideário em circulação entre a Península Ibérica e as Américas”, en *Anais Eletrônicos do VII Encontro Internacional da ANPHLAC*, 2006. Con respecto a la germanofilia, véase María Inés Tato, “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos frente a la Primera Guerra Mundial”, en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas / Anuario de Historia de América Latina* 49, 2012 (en prensa).

CARIBBEAN STUDIES

A journal published twice a year



SUBSCRIPTION RATES

Annual Institution \$50.00
Single Issue Institution \$25.00
Annual Individual \$25.00
Single Issue Individual \$15.00

CONTACT

INSTITUTE OF CARIBBEAN STUDIES
College of Social Sciences
University of Puerto Rico
Río Piedras Campus

PO Box 23345
San Juan, Puerto Rico 00931-3345
T: (787) 764-0000, ext. 4214
Fax: (787) 764-3099
caribbean.studies@upr.edu